

LOBO HISTORIADOR: EL EJEMPLO DE AMERICA

José CERVERA PERY
Coronel Auditor Jefe del Servicio
Histórico del Cuartel General de la Armada

Me cabe el honor de pronunciar la última conferencia del Seminario sobre el almirante Lobo; su dimensión humana y su proyección histórica, en este espléndido marco, auténtico templo de la sabiduría y la ciencia, como es el Real Observatorio de Marina, que tanto ennoblece a San Fernando, y que mis paisanos debían de frecuentar más y conocer mejor. Posiblemente en su espléndida biblioteca dieciochesca buceara don Miguel Lobo nuevas fuentes de conocimiento, pues no ha que olvidar que junto al historiador —cuyas señas de identidad voy a intentar exponer— está también el Lobo científico, astrónomo y matemático con singulares aportaciones en tan excelsa temática.

A lo largo de estas Jornadas, mis distinguidos predecesores, han trazado la imagen desde muy distintas perspectivas, la del hombre de mar, profesional y responsable, la del marino ilustrado pero valiente y decidido presto a acudir a donde el deber le llama, así como la del hombre de letras, culto, versado y de ágil pluma, puesta igualmente al servicio de las causas nobles y abnegadas. Hemos visto también el paisaje de un entorno que le fue consubstancial en aquella Isla de su tiempo, de reestrenada libertad, tras el restablecimiento de la constitución gaditana de 1812, que alumbró la fecha de su nacimiento en 1921, hasta su muerte en 1874, con otra Isla de muy distinta fisonomía, restañando sus heridas de la dispersión cantonal. Y nos hemos admirado al conocer en amplitud y alcance la densidad de su legado cultural, con la donación de la biblioteca que lleva su nombre, y que el Ayuntamiento ha sabido conservar y acrecentar enalteciendo la memoria de su preclaro hijo. Voy por tanto a cumplir mi cometido, posiblemente no con la brillantez desplegada por mis antecesores, pero sí con la ilusión mantenida y renovada de una nueva comparecencia en mi ciudad natal.

Desde su primera juventud, y posteriormente influido por el amplio bagaje cultural de su padre, el brigadier don Manuel Lobo y Campos, director del Colegio Naval de Guardiasmarinas, establecido por entonces en el Arsenal de La Carraca, Miguel sintió una irresistible atracción hacia la historia, no solo en su faceta más generalizada y cuyos recovecos tan bien habría de conocer, sino en la surgida a través de los hechos y hazañas de los hombres de la institución a la que servía. De aquí la publicación de sus estudios fundamentales sobre la Marina española “Tal y como ella es” (1860) en que más que historiar ejerce una crítica constructiva, apasionada pero leal, sobre las virtudes y los defectos de la Marina de su tiempo, en la que señala los aspectos corregibles y destaca las

facetas encomiables. Sigue así en estos primeros trazos de su labor historiadora, la trayectoria de aquellos oficiales de la Armada ilustrados y competentes del final del siglo XVIII y principios del XIX, que recorrían y visitaban las más importantes bibliotecas y archivos del reino para el registro, examen y clasificación de documentos, fijando a su tacto y criterio la elección y ordenamiento de los mismos, consecuencias palpables de las inquietudes devenidas de la Ilustración.

De la importancia que la Marina concedía al estudio de su historia —permítaseme el inciso— y los empeños que en ella puso hay pruebas evidentes, cuando en 1789 presentó al gobierno y fue aceptado por éste, el proyecto del marino gaditano don José de Vargas Ponce para escribir la “Historia General de la Marina española” mandándose lo llevase a efecto por Real Orden de 16 de agosto de 1792, por lo que a propuesta del propio Vargas, se dispuso la formación de una colección de manuscrito como materiales para aquel trabajo, designándose al efecto comisiones para un reconocimiento de las bibliotecas reales y escurialenses; las de San Isidro y otros monasterios de la Corte; los archivos de los Consejos de Estado, Guerra e Indias; las de los grandes señores y particulares cuyos ascendientes sirvieron en la Armada (Bazán, Oquendo, Medina Sidonia, etc.); el Archivo General de Simancas, el de Indias en Sevilla, los de los departamentos marítimos y finalmente el de la Secretaría del Despacho de Marina. Fueron destinados para tan delicado encargo, el mismo Vargas, y como auxiliares de investigación, los también oficiales de la Armada Martín Fernández de Navarrete y Juan Sanz Barrutell, en quienes concurrían conocimientos especiales, vasta erudición y notable aptitud para el encargo, y el éxito coronó ampliamente aquellos trabajos en los que se puso una sólida base para el mejor conocimiento de los acontecimientos navales y su incidencia en la vida española, abriéndose además un amplio cauce a las tareas y esfuerzos de futuros investigadores. Seguramente de haber vivido Miguel Lobo, aquellos últimos años decimonónicos hubiese sido uno de los cooperadores necesarios de la gran tarea.

Lobo, sin embargo, confirmaría más tarde el juicio emitido por el brigadier Jorge Lasso de la Vega —otro de los marinos de mitad del siglo XIX, al que la historiografía naval debe muy brillantes páginas— de que “la Historia de la Marina no puede ser escrita sino por un marino” y aunque no escribiera directamente los pormenores o avatares del comportamiento naval hispánico a lo largo de los siglos, en su obra principal, la documentadísima “Historia general de las antiguas colonias hispanoamericanas” escrita allá por la década de los sesenta, pero publicada en tres tomos en 1875 por la imprenta y librería de Miguel Guijarro de la calle de Preciados número 5 de Madrid, se aborda frontalmente sobre todo en sus últimos capítulos, la generosa aportación de la Marina española en la defensa de los antiguos virreinos, abocados indefectiblemente —y no por culpa de la institución o de sus hombres— a desprenderse del florón hispánico.

Substantial preocupación pues del almirante Lobo en su faceta de historiador, fue América, y el papel que la Marina jugó en ella. Tuvo sobre aquellos

países más que una preocupación una obsesión, por lo que en su estudio figuran copiosas citas de obras americanas e inglesas, así como transcripciones documentales de primera mano. D. Cesareo Fernández Duro, autor de la monumental obra "Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y León" no le regatea sus elogios e incluso reconoce haber seguido preferentemente su narración extensa en la redacción de unos de los capítulos de su tomo octavo. Y es que la precisión, meticulosidad y excelente hilo conductor de la obra de Lobo invita más que restringe, a tales licencias.

Se ha dicho que el escritor necesita reposo, tranquilidad, aislamiento, pero el historiador o investigador naval precisa aun más de espacio material, de textos y documentos a consultar durante el largo proceso de su investigación, por lo que resulta increíble que don Miguel pidiese redactar tan enjundiosa obra a bordo de la *Almansa*, donde afrontaba situaciones bélicas contrapuestas en todo al pensamiento que se elabora en la soledad. Su camarote habría de ser por fuerza un hervidero de carpetas, legajos y papeles, pero su pulso se muestra firme al escribir, intercalando en el relato multitud de notas complementarias. Aunque la obra esté escrita y publicada, puede admirarse la ordenada pulcritud del manuscrito, la solidez de una tinta que ha soportado el paso de más de un siglo; y su directa observación llena de tachaduras, interpolaciones y advertencias complementarias, revela la lograda sensibilidad del escritor que nunca juzgó acabada su obra.

Confieso que cuando vi por primera vez la carpeta original de la obra del almirante Lobo atada bajo el título "Manuscrito de la obra escrita por mi inolvidable Miguel titulada [Historia General de las antiguas colonias hispanoamericanas desde su descubrimiento hasta el año 1808]" pensé encontrarme con la aportación inédita de un incunabulo. Me inclinaba a ello un viejo artículo publicada en la *Revista General de Marina* de junio de 1931 por el comisario de la Armada Francisco Arias Campoamor en que se estimaba como inédita la obra, al no figurar en las bibliotecas corrientes de marina donde "lógicamente con amor —eran sus frases— debía de ser guardada". O no buscó bien el articulista o no supo encontrar, pero el caso es que tanto en la biblioteca central del Ministerio de Marina (hoy Cuartel General de la Armada) y del Museo Naval existen los ejemplares completos de la misma.

Posiblemente se hiciera una edición corta, y posiblemente también saliera cara, pues la impresión es francamente buena, pero no estaría de más su reedición —y yo brindo desde aquí la idea— con un estudio atemperado a su valor actual en este año de tantas conmemoraciones. Posiblemente ello entrañara una minuciosa labor de ordenamiento e interpretación, pues son muchos en el manuscrito los conceptos y palabras, que aun escritos con letra enérgica y bien visible, no siempre se ofrece claro por las numerosas tachaduras y enmiendas.

Las dilatadas singladuras de Lobo en los mares americanos le sirvieron de fuerza motriz para el desarrollo de su obra. En cada lugar adonde le llevó su servicio mariner, fue recogiendo y estudiando las obras de aquellos autores que interpretaban el sentido político y social de la región y que le servían para

familiarizarse e identificarse con los países que visitaba, en cuya trayectoria sociopolítica parecía imbuirse de tal modo, que su estudio es sin duda alguna el más completo de la vida de aquellos pueblos y su especial idiosincracia. Y así la puesta en situación de los determinantes que condicionan la acción española concretamente en su faceta marítima o naval en América, se integran en una amplia gama de aspectos políticos, económicos o sociológicos, que van a influir en los futuros desequilibrios o regresiones, cuando los vínculos entre la metrópoli y sus antiguos virreinos se rompan decisivamente.

La obra de Lobo, cuyo admirable prólogo fue escrito en una navegación entre Montevideo y Santiago de Cuba, y que más que prólogo es una exposición de motivos sobre la presencia y permanencia española en sus tierras de América, es al propio tiempo testimonio de ejemplo. El mismo decide que sea alegato de luces y sombras, pues apoyándose en las reflexiones del famoso historiador Cesar Cantú “el pueblo que a la par de sus grandes hechos no confiesa sus miserias no merece figurar en el catálogo de las naciones”. No escatima por tanto poner el dedo en la llaga cuando lo ha de menester. De aquí su visión premonitoria cuando escribe: “El sentimiento religioso ha dejado de ser en nuestros días el móvil de las conquistas y de aquí la predisposición que tenemos a no cuidarnos o a disminuir la influencia que para ellas tuvo en los pasados siglos”. Rebate la teoría básica de la leyenda negra de que el único móvil de las empresas en el nuevo mundo fuese la sed del oro, y aunque no descarta que fuese ajeno a las expediciones el amor a las riquezas y la esperanza de alcanzar grandes fortunas y grandes nombres, pues todas las acciones humanas encierran humanos móviles, lo verdaderamente trascendente, la huella que después ha de perdurar durante siglos y fundirse en la propia esencia de las tierras y los hombres descubiertos, es la generosidad y grandeza de la entrega. Porque cuesta repugnancia a nuestros sentimientos —son palabras textuales— el creer que sólo la concupiscencia ha creado héroes.

Estas hermosas frases de Lobo merecerían la reflexión en profundidad de su contenido, sobre todo en estos tiempos en que de forma cínica o irresponsable se frivoliza o tergiversa la obra de España en América. Cuando tuve el privilegio hace unos días de escuchar al excelso hispanista venezolano Arturo Uslar Pietri, que a sus ochenta y cuatro años, sin un solo papel delante, y con una lucidez mental increíble, hablar de lo que significó el descubrimiento de América para la propia América, al poner en comunicación al inca con el maya, al quechúa con el azteca, desde un vínculo común de una común identidad de fe... Cuando he oído de labios de otro anciano, el honorable profesor Paolo Emilio Taviani, antiguo ministro de Defensa del Gobierno italiano, hoy vicepresidente primero del Senado de la República, el más encendido canto a la hispanidad vigente, en sus siembra y en sus frutos, uno no puede por menos de sentirse perplejo, ante los alardes de indocumentados que sin la menor autoridad o solvencia histórica, se permiten poner en tela de juicio la grandeza legendaria de la gesta. Lobo, felizmente para él, no tuvo que rebatir a sus con-

temporáneos tamaños dislates, pero vivió en sus propias raíces el amargor de una cierta incompreensión en sus escritos.

La "Historia General de las antiguas colonias hispanoamericanas" está perfectamente estructurada y responde a una dinámica en que la reflexión no está en divorcio con la exposición. Seguramente su autor, en aquellas largas noches de preocupado insomnio sobre la inmensidad de un mar tantas veces hostil, contrastara sus ideas y las sopesara, frente a los duros acontecimientos que vivía —los días de desacuerdo entre España y Perú, el bloqueo de Valparaíso, el bombardeo y combate de El Callao. Era la América que tan bien conocía y sobre la que tanto había escrito, la que estaba frente a sus cañones. Y en su camarote se acrecentaban los pliegos de desagravio sobre una prosa clara y rotunda. De tal caudal acumulado, pudo salir el esbozo del folleto que más tarde publicaría y que con el largo título de "Un hijo de Inglaterra a quien ha dado por viajar en las regiones americanas que fueron de España y por escribir sendos dislates sobre ellas y sus antiguos dominadores". ¡Habría que ver lo que diría en él el súbdito de su Graciosa Majestad! pero para Lobo podían ser como los réditos de un notable capital depositado en su "Historia General" centro y clave de nuestro recorrido.

Volviendo a ella, nos encontramos con un curioso antecedente en los "apuntes y borradores para escribir una historia de las antiguas colonias hispanoamericanas" importante legajo según mis datos, cedido a la biblioteca por don Emilio Croquer y que sería interesante contrastar con la abultada carpeta que constituye el legado de la viuda de Lobo, doña Elena Ravina. En la apertura de su primer libro, que data de 1492 a 1700, es decir, desde el descubrimiento a la entronización de la dinastía borbónica en España, expone la idea tan general como errónea acerca de las causas que produjeron la emancipación. ¿Quiere decirse con ello, que habría de culminar su obra con los pormenores y vicisitudes de la misma?. Tiempo tuvo evidentemente para ello, y quizás también perspectivas, sobre todo para un hombre como él, con merecida ejecutoria de historiador, pero enseguida retrocede a señalar el espíritu que presidió al descubrimiento y la conquista, y como la falta de Marina hacía casi nulos los efectos de las disposiciones soberanas en favor de los indígenas. Los elementos sobre los que se asentó la colonización no fueron siempre los más adecuados y las condiciones sobre las que el dominio español pudo ejercerse fueron las menos aparentes para el ejercicio de ese mismo dominio. Subraya también que las ideas que sirvieron de base a la constitución del imperio colonial, si bien se ajustaban a las que entonces predominaban en materias de gobierno y administración fueron las más contrarias a los legítimos intereses de la metrópoli y las colonias. Hubo desmanes y desaciertos en la explotación de las minas, y con el establecimiento de la mita, la condición de los indígenas sometidos a tal servicio, no fue la más acorde a la idea colonizadora. Como puede verse no le dolían prendas a la hora de señalar defectos de instrumentalización, que indudablemente los hubo, pero tampoco será tacaño en el reparto de elogios cuando tiene motivos, y así en su libro segundo, ya centrado exclusiva-

mente en el siglo XVIII, habla de los marinos cuyos nombres vivirán eternos en la América española, y se refiere a la amplia nómina que va desde Elcano a Bauzá, pasando por Cortés, Ladrillero, Sarmiento de Gamboa, Camargo, Nodal, Mendaña, Quirós, Jorge Juan, Ulloa, Moraleda, Isasbiril, Vizcaíno, Bodega, Churruca, Galiano, Fidalgo, Ferrer, Vilarino, Azara, Alvear, Cerviño, Varela, Oyarbide y Malaspina. De haber continuado su relato hasta el final de la presencia hispana, no habría podido prescindir de los Bustillo, Bustamante, Capaz, Carranza, Céspedes, Córdova, Chacón, Enrile, Guruceta, Michelena, Monteverde, Morillo, Navarro, Ocampo, Romarate, Ruiz de Apodaca y Vacarro. Porque otros ilustres nombrase como los de Huidobro, Liniers y Abreu los alcanza a vivir, cuando en los últimos capítulos de su obra, describe con toda rigurosidad los acontecimientos del virreinato de Buenos Aires durante los años de 1801 a 1808, como precedente más inmediato del fenómeno emancipador que también tiene un amplio tratamiento en su libro III que abarca los ocho primeros años del siglo XIX, precisamente hasta las vísperas de la invasión napoleónica en España.

Porque la fuerza que a primeros de dicho siglo tiene ya en las colonias, la idea de la independencia es perfectamente conocida y analizada por Lobo en una encomiable síntesis que puede situar de inmediato al lector en su exacto contexto. Lo que no alcanzará ya a concretar es que tras el derrumbamiento del edificio colonial español desde 1808 hasta 1824, la crisis marítima se agudizará en el conflicto de intereses que enfrenta a criollos y españoles y que dista de ser un movimiento popular revolucionario sino una guerra civil (o una serie de ellas) sin apenas participación indígena. Pero la insurgencia americana se verá favorecida por las circunstancias históricas que atraviesa la metrópoli, cuyo estudio pormenorizado —que no vamos a hacer aquí— establecería la necesaria relación de causa a efecto. Salvo en el caso de México, los criollos buscan la forma de acabar con los monopolios peninsulares, pero no desean una ruptura revolucionaria (aunque ésta termine produciéndose por mano de los exaltados) sino una modificación substancial de sus relaciones económicas y comerciales. Y eso sí lo previene acertadamente Lobo en sus reflexiones finales, al tratar de las invasiones inglesas en el Río de la Plata, con el que cierra —son sus palabras— el catálogo de acontecimientos dignos de mención de la historia hispanoamericana.

El historiador Miguel Lobo sí realiza en su obra un trazado conductor de las líneas vitales que han de confrontar la problemática independentista, tomando como punto de partida la extensión de la Guerra de Sucesión por la Corona de España, a comienzos del siglo XVIII y en su aspecto naval y mercantil, al escenario atlántico americano (buques de registro, flotas de Tierra Firme, ataques corsarios y filibusteros, destrucción de fortificaciones de Portobelo por Vernon, guerra del corso en el Caribe, la emancipación de las trece colonias inglesas en América y la posición española en su proceso; el ataque británico a La Habana en 1762, la pérdida de Trinidad en 1797, hasta llegar a las expediciones filibusteras de 1805 y el ataque y toma de Buenos Aires por los ingleses en 1806 y

1807, con la posterior recuperación por las tropas criollas de Liniers, y que constituye el suceso más digno de tener en cuenta —(y bien que lo tiene Lobo en su cuidada pormenorización) ya que el rotundo éxito les abre los ojos sobre posibles acciones inmediatas contra la administración española. El posterior periodo de levantamientos y rebeldías (1805-1808) y el subsiguiente de luchas y consolidación del proceso emancipador (1816-1824), desde el punto de vista de la actitud naval, son ya parcelas inexploradas, no sabemos si a propósito, pues sin duda alguna no las desconocía— del ilustrado marino isleño.

No es mucho lo que se ha escrito sobre la participación naval en el proceso de la emancipación americana. Fernández Duro, en el último tomo de su larga obra, *Armada Española*, es quien más se ocupa de ella concediéndole más importancia al relato que al análisis. Sin embargo un libro muy interesante, no demasiado conocido, y en cierto modo podría decirse continuador de la obra de Lobo, es el del capitán de navío Enrique Manera y Fernández Chao titulado "*Como y porqué se perdieron las colonias hispanoamericanas*", en el que se analiza el proceso emancipador con gran profusión de datos y juicios de valor en los que se pone no poca carga de apasionamiento. Su estilo directo, impulsivo y a veces rayano en la dureza, recuerda también —aunque con menos elegancia literaria propia de la época— el manuscrito del almirante Lobo. ¿Llegaron a conocerse? Posiblemente Manera y Fernández Chao no ignorara la existencia de la "*Historia de las antiguas colonias hispanoamericanas*" del nuevo almirante. Lo que no llegamos a saber es si se consideró un continuador de la empresa, o las plasmó desde el campo de su propia creatividad investigadora.

Desde 1810 a 1826, por tanto, que se produce en los reinos hispánicos de Ultramar, (España nunca los llamó colonias ni los consideró como tales, aunque tales calificativos figuren en las obras de Lobo y Manera) el proceso histórico de su emancipación, a través de una abierta y sangrienta contienda que comporta fugaces periodos de esperanzas y etapas de ensombrecidas desilusión, las marinas de España —la Real Armada— y las nuevas que se fueron formando en las incipientes nacionalidades, fueron en buena parte directas protagonistas de la lucha, y sus diversas vicisitudes y comportamientos deben ser contempladas desde el plano en que se produjeron. A Lobo esencialmente se le debe el esbozo de un planteamiento generalizado, de una puesta en situación de los determinantes que van a condicionar la acción concretamente en su faceta marítima o naval en América.

La acción de la Marina de Guerra española en las guerras de la independencia americana, o si mejor se quiere, en sus campañas de pacificación, está pidiendo a voces una revisión histórica seria y objetiva que coloque las cosas en su sitio y afronte con valentía y claridad, el cómo y el por qué sucedieron así. Cuando se pierde la batalla de Trafalgar, la Marina española queda prácticamente reducida a nada aunque sigan figurando pomposos nombres de barcos en los Estados Generales de la Armada. La mínima representación del número y calidad de los buques y el injusto trato y abandono de que fueron objeto sus

hombres, le imposibilitó de prestar un apoyo eficaz y mantenido a América. Las autoridades de Madrid no llegaron a concienciarse nunca de la verdad irrefutable de que unos territorios con litorales extensos y magníficas vías fluviales de acceso ofrecían una mayor vulnerabilidad, si no podía disponerse de una marina adecuada a las circunstancias. La española de principios del siglo XIX no lo estuvo por el desinterés manifiesto y la incompreensión, cuando no la animadversión que sentían hacia ella amplios sectores de la esfera política nacional.

Todo ello comportó una ausencia de directrices y penurias de medios que propiciaron la debilidad manifiesta de los apostaderos e instalaciones navales, descuidadas, mal atendidas, por la acción oficial, y que tenían además que soportar intromisiones abusivas e intolerables de quienes careciendo de los conocimientos facultativos más imprescindibles se arrogaban funciones superiores a las que poseían, o aun poseyéndolas, las frivolisaban o desvirtuaban de sus fines esenciales. De aquí que los hombres con la mayor disposición y excelentes aptitudes marineras tuvieran que doblegarse y aceptar por disciplina y obediencia, decisiones erróneas o descabelladas. Este abandono, esta renuncia egoísta y miope a enfrentarse a un destino histórico irreversible, impactó directamente en los hombres que honraban y lucían en América el dorado botón de ancla sobre aquellas románticas levitas azules; dificultó la defensa de las zonas costeras e impidió la prestación de los apoyos necesarios de otras fuerzas en liza, pero en medio de tantos sinsabores la entrega, arrojo y decisión de los marinos españoles en América, que a pesar de rastreras acusaciones, expedientes injustificados y críticas despiadadas supieron mantener con dignidad y gallardía la causa que defendían, sacando fuerzas de flaqueza con la moral alta y el espíritu templado.

Mucho de ello vivió Lobo en protagonismo directo, desde el puente de mando de los buques y no poco intuyó y dejó constancia, si no en su monumental obra, objeto esencial de esta disertación, sí a través de los numerosos artículos y ensayos publicados en *El Diario Español*, *La España*, *La Ilustración*, *El Contemporáneo* y *El Clamor Público*, entre otros. Porque Lobo, además de historiador y publicista, traductor impecable de obras técnicas y científicas, y literato de fina sensibilidad, fue periodista y ensayista de agudo sentido crítico, y de ello dejó profunda impronta en todas sus publicaciones. Como se ha escrito su biógrafo de urgencia, Juan Llabres "viajero observador, impuesto en los tratados de la ciencia contemporánea, conocedor de los antiguos clásicos, familiarizado con los autores modernos, era su instrucción vasta y completa". Y no es que hiciera alarde ni gala de ella; al contrario, la modestia era uno de sus rasgos predominantes de su carácter; sobrio en palabras, llano en el estilo, retraído en su trato, necesitábase fomentar mucho su amistad para apreciar sus conocimientos, siendo su mayor goce el estudio y la lectura. Y añade más adelante "Lobo no conoció nunca la envidia, celebraba más los triunfos ajenos que los propios y su celo y actividad característica trabajaron más en un pro de intereses comunes que de los suyos".

Al titular esta conferencia me centré plenamente en la vertiente histórica de don Miguel Lobo y Malagamba, sabedor de que las otras facetas de su firme personalidad, serían tratadas en profundidad y solvencia por los restantes conferenciantes de este ciclo, y así la titulé escuetamente: “Lobo historiador, el ejemplo de América”. Al terminarla ahora en esta tarde isleña del Observatorio, pórtico admirable que hermana en ciencia y espíritu a San Fernando y la Marina, pienso que quizá debía cambiar el subtítulo y llamarla sencillamente “Lobo, el ejemplo”. Porque ejemplo a seguir es su vida, su obra, con el recuerdo entrañable e imperecedero hacia el pueblo que lo vio nacer, que también — y hago gala de ello— es felizmente el mío...